

Bernardo Ruiz

Las caras de las monedas

(OPERETA PARA UNA NOCHE DE VERANO)

Colección De cuerpo entero

Universidad Nacional Autónoma de México / Editorial Corunda

México D.F., 1990

(c) Bernardo Ruiz, todos los derechos reservados, México, 1990

Printed and Made in Mexico/ Impreso y hecho en México

... la creación, aun cuando es fuente de error, siempre se produce por amor a alguien distinto a nosotros.

EL PÉNDULO DE FOUCAULT.

Umberto Eco.

*Lo que escribo tiene el derecho
—para los fines de la rima
y todo eso que sólo a mí interesa—
de decir que era verde el vestido
gris en realidad,
o decir que era martes
cuando que fue viernes —si me acuerdo—,
o explicar que el barco enarbolaba calavera y tibias
porque lo estaban fumigando.*

*Tiene este derecho
y casi ningún otro.*

PRINCIPIOS, Gerardo Deniz

*En la sombras y en la luz,
para ellas, la Sin Nombre,
la Otra, la Rival, y la Niña,
con quienes escribo.*

INFANCIA

1

LA VIDA, el tiempo real, el mundo donde el cronómetro y la Secretaría de Hacienda calculan por quincenas y mensualidades el tránsito de la cuna a la tumba, se asemeja con los años al efecto de la literatura para su creador: pierden dimensión algunas páginas, se decoloran con el tiempo subrayados otrora muy valiosos, se confunden ciertas escenas y su sucesión. Hay otras que se dirigen (mientras numerosas allá las esperan) hacia la amplísima planicie donde ya no hay nada, donde la represión, la inconsciencia y el mero olvido dominan.

Si es cierto que uno ahora ríe con lo que antes lloró, vale también reconocer que en ocasiones no supimos si reír, buscar la cólera, la apatía o el llanto. Y que, de manera comparable, durante los diversos pasajes de una vida, si se escribe será por motivos diferentes, por razones que —a su vez, a lo largo de los años— tendrán una distinta interpretación y perspectiva.

¿Escribo para saber quién soy? Por qué entonces, obsesiva, la imagen de una habitación y la de un niño que en medio de la noche, solitario, o si no un niño, un hombre solo en un cuarto, en plena oscuridad del mundo, medita y reflexiona continua, recurrentemente, como un testigo de cargo en tantos de mis textos. Lo ignoro. La escena vuelve una y otra vez, con mayor frecuencia que muchos de mis sueños.

—¿Escribe para esconderse o para develar el mundo? —me podrían preguntar. Ni lo uno ni lo otro, ni lo demás: escribir, como leer, es conocer; escribo porque siento que debo escribir, porque deseo saber.

2

BERNARDO RUIZ, mi abuelo paterno, murió a los 42 años, dejó cinco hijos —dos mujeres, tres hombres— y bienes en Querétaro. Se afirma que tuvo fuerte carácter, y no se cuentan datos ni anécdotas que permitan describir quién era él. Setenta años separan este momento del instante en que, en el comedor de su casa, lo mata una centella.

Concepción Ruiz, viuda de Ruiz, debe ir a Guadalajara a vivir el resto de sus días. Morirá en 1943. Sé de su rigor y paciencia para educar a sus hijos. Los Ruiz y Ruiz no son afectos a contar sus historias ni gustan recordar más de tres o cuatro hechos aislados en los que se vislumbran sótanos y closets llenos de momias y esqueletos familiares.

Reacios para hablar e introvertidos, prefieren referirse al mundo y su circunstancia, si platican. Se reúnen los domingos, oyen misa y comen juntos. Callan juntos.

Alejandro, mi padre, engendró cuatro hijos: Alejandro, Bernardo, Carolina e Ignacio, en ese orden. Nacimos en 52, 53, 55 y 58, respectivamente.

CAROLINA, MI madre, fue la menor; tuvo una sola hermana, Amparo. Eran hijas de Pablo López Rea, maquinista, y de Carolina Martínez, dedicada al hogar. Vivieron en Guadalajara sus primeros años. A mi abuelo le importó especialmente que sus hijas tocaran piano, supieran inglés y terminaran una carrera. Mi abuela hizo de ellas excelentes mujeres cristianas. Ambas fueron químicas farmacobiólogas.

Mi madre aún afirma que ella hubiera querido ser diseñadora o arquitecta.

Se conocieron mis padres en la universidad, y en 1945 se hicieron novios. El noviazgo duró semanas: se casaron el 19 de enero de 1946.

¿POR QUÉ la Ciudad de México se convirtió en su hogar? Mi padre se recibió de médico en 1942, mi madre en 1944. El título de ambos describe estudios en Guadalajara. Pero se casarán en La Villa, D.F., dos años después. Ella de 23, él casi de 30 años. Vinieron a vivir con las preocupaciones usuales de la clase media, como manda la clase media: casa propia con jardín, automóvil y perro.

No vienen solos. De hecho, emigran las familias en paquete al Distrito Federal. En mi infancia sólo visitábamos a tíos y primos segundos de los Ruiz en Querétaro. Las amistades, en Guadalajara, Monterrey y León.

Mis abuelos maternos compraron casa en Prolongación de Aldama 13, en Tlaltelolco. Retirado, mi abuelo se dedicaba a vivir como una versión moderna del lienzo de Penélope: hacer y deshacer las instalaciones y máquinas de la casona, y a cuidar de nosotros en las ausencias de nuestros padres. Me gustaba su overol cuando trabajaba. Si salíamos usaba traje, corbata y sombrero.

La abuela nos educó en el placer de los juegos: la baraja española, las damas chinas y el parcasé, hoy parchís y los placeres plurales de la repostería o el antojito.

María, la hermana mayor de mi padre, mi tía la mayor, nos llevaba a veces atrás de las Vizcaínas, a su imprenta en el callejón de San Ignacio, donde mi hermano Alejandro y yo fuimos iniciados en el deslumbramiento de las planchas del linotipo, en el tacto secreto de los clichés, y el crujido como de hojuelas de Corn Flakes de las galeras, olorosas a tinta, negra, fresca, en los relieves distintivos de cada letra y sus apariencias numerosas, en el ritmo de los corazones batientes de las prensas y las conversaciones de los operarios.

Aprendí a leer por envidia y a escribir por competencia —desde los cuatro años—, porque no toleré que a mi hermano, nada más, le regalaran libros, y porque me parecía sencillo dibujar letras en los cuadernos —y en las paredes, o en cualquier lado—, mientras que Alex, por ser zurdo, debía acomodarse en posiciones que parecían faquéricas. Aunque mi hermano pudo siempre leer con más velocidad y retención que yo.

COMO LOS demás niños de los cincuenta, Alex y yo jugamos fut, canicas, trompo, yo-yo; en fin, los clásicos, y como premio o castigo a nuestras habilidades se nos recluía, a mañana y tarde, en el Instituto Patria, a trabajos forzados, con la obligación de invertir en él doce años de nuestra existencia; lo que garantizaría que al egresar con nuestra carta de buena conducta, la sociedad nos adoptara en sus brazos como una novia sensacional y quizá amorosa.

Cuentan que se decía de la relación de mi abuelo Bernardo y su yegua: "De que Ruiz dice que hay que bañar la Camelia, hay que bañarla." Lo que afirma, para los que no entienden de circunloquios, que aquellos Ruiz nunca preguntaban, sino ordenaban y hacían. Y mi padre, aún, fue como aquéllos. De modo que entramos al Patria con la obligación de sacar de ahí más medallas y diplomas que un general napoleónico.

Porque para tener acceso a esa novia sensacional y amorosísima, el camino era como el señalado por el catecismo para llegar al cielo: se distinguía por lo pedregoso, cuesta arriba y lleno de zarzales; mientras que el del infierno era como la avenida principal de Beverly Hills o la parte alta de Reforma.

De modo que, para no perder la correcta vía, nos levantaban a las cinco y media a.m., asistíamos a misa de seis, diariamente, y tras una concha y un vaso de café con leche, salíamos como Toro y el Llanero Solitario a la escuela.

En el colegio ocurría lo que cualquier lector o lectora saben que

sucede. Los tres primeros años, por las tardes, había estudio dirigido. Regresábamos a comer a casa. Luego, de vuelta a la escuela y devuélvete a cenar y reza el rosario. Y los sábados, acaben la tarea temprano y acompañenos al Movimiento Familiar Cristiano (MFC). El domingo, misa de ocho, y salíamos de paseo o de visita. Y más o menos así las cincuenta y dos semanas del año, con uno que otro viaje a donde Ruiz quisiera bañar la Camelia.

6

POR ALLá del 62, mi hermano enfermó de hepatitis. Mi padre sospechó se debía a alguno de los medicamentos que en ocasiones experimentaba con nosotros —en contubernio con los Pilatus Labs.& Co., sospecho— y actuó como señalan los cánones del método científico.

Aplicado el producto, provocó en mi menuda humanidad el mismo efecto malsano y caí en cama, bajo las prohibiciones del caso. Veía el paso de la sombra a través de la ventana en una sucesión interminable. De haber sido Leibnitz hubiera inventado el cálculo diferencial. Pero yo era muy ignorante; más bien, descubrí el camino del infierno: el placer solitario de la lectura, de los libros, de las ideas que van y vienen, mientras en las ensoñaciones comenzaba a imaginar lo que estarían haciendo Alfonso y Toño, mis amigos, y lo que estaría pasando en el salón de clase.

Traía a veces mi hermano la tarea, y cumplía yo mis deberes para no perder el año, mientras Walter Scott y Robinson Crusoe, mi

favorito, y Salgari y Nils Holgerson y el Viaje al centro de la tierra me develaban la vastedad y grandeza de los cielos, islas, mares, tierras y confines de los mundos —superiores e inferiores— más allá de la sombra frente a la ventana.

Ya nunca volvió a ser la vida como antes, ni la gente, ni los castigos, ni las prohibiciones. Aún entonces, cuando ya no se regresaba a la escuela en las tardes, y estudiábamos francés, aparte; y sin obstar a que en apariencia poco o nada hubiera cambiado durante mi enfermedad, mi universo se había transformado. Ni siquiera quienes me rodeaban eran iguales: alcanzaba a notar en ellos gestos, tonos y matices antes imperceptibles. Podía imaginarles actitudes atroces y sentimientos ocultos, así como un uso diverso a los objetos y a las cosas; o bien, darme el lujo de relacionar experiencias y situaciones disímbolas para nuevas causas.

Mi vocación varió vertiginosamente entre los cuatro y los nueve años: de campanero de la basura, primero, y médico, más tarde, llegué a la revelación, a la verdad: me convertí en arqueólogo, y sospecho que no diferenciaba mucho la profesión de la del geólogo, o la del minero, o la del detective; aun podía considerar semejantes la del fotógrafo o la del dinamitero. Indigestión de lecturas.

7

EL REPORTER no pretendía ser un diario más. Como periódico respetaba el juicio de sus lectores y, ciertamente, su interés partía del cuestionamiento profundo de la circunstancia internacional y del país.

Tenían igual peso sus secciones: política, deporte, horóscopos y los dos ches: chismes y chistes. Desconocía la propiedad intelectual, el derecho de autor y el recurso a las fuentes, junto con la absoluta manifestación subjetivista del editor para tratar las noticias a su antojo. Su tiraje llegó a los 12 ejemplares diarios, semana inglesa, mecanografiados en dos páginas en papel copia amarillo. Se publicó durante octubre/noviembre de 1964 con un costo de 20 centavos el ejemplar, en distribución exclusiva para los grupos de 6° de primaria.

Había monopolizado todos los puestos y funciones. Nunca más me ha producido tanto dinero la escritura. Aunque no me interesaba el oficio, desde entonces me gustó colaborar, a la menor provocación, en cualquier impreso.

JUVENTUD

8

¿PODRÁN MIS sufridos biógrafos encontrar en el pajar de los años 65-67 historia, anécdota, argumento crucial o iluminadora epifanía que desentrañe los símbolos arcanos de la obra completa del autor de *Las caras de las monedas*? ¿Será factible erigir a partir de estas lucubraciones una teoría estética y literaria que resuelva las dudas de los más serios estudiosos respecto a lo que aún se debate en el mundo profano como teoría del campo unificado? ¡Ah!, las noches de duda ante la máquina de escribir; ¡ay!, el rostro inescrutable de la posteridad contemplando —quizá soberbio o dudoso, desde su insondable Elíseo— el lento vaivén de mi pluma sobre las líneas del cuaderno; ¡altos dioses!, ¿por qué os divertís conmigo mientras trato de imaginar al acucioso Boswell, Zweig o Plutarco que intentan atravesar los abismos de las Horas para seguir mis pasos por el largo corredor del primer piso de la secundaria, desde la puerta azul del 1ºA hasta el cubículo del padre Corona S.J.? ¿Cómo será su reacción al escuchar mis pecados? ¿Regresará confuso o decepcionado a su época y tomará entre sus manos para su consolación *The Portrait of the Artist as a Young Man*? ¿Quién entonces será capaz de defender a este polvo indefenso y desdichado? ¡Alguien que lo detenga!, avísenle: "Plutarquito, retrocede, se iban a abrir para ti las puertas de la gloria." Porque, en efecto, estaba a punto de contemplar mi tránsito de la época Sherlock Holmes a la que se podría llamar —sugiero— mi

etapa Far West.

Verdaderamente, etapa, que no momento. ¡Cuáles estudios!, entre Marcial La Fuente Estefania y la serie Rurales de Texas, Bernardo Ruiz, hijo de Alejandro y nieto de Bernardo Ruiz, consume sus días y sus noches, como enfebrecido. La más reciente versión de las novelas de caballería, con toda la aventura, desafío, violencia, amor y pasión que las caracteriza —y destaca— sobre los modernos géneros.

Muy bien, Boswell, ahora tienes tarea. Como Diógenes, debes aprender a aprovechar la poca luz que la avenida Chapultepec deja llegar hasta la ventana de Bernardo, forzar tu vista y leer el título, adivinarlo (o por qué no inventarlo); si lo logras, entonces sí, podrás comenzar tu obra magna.

9

SE ME ocurre un aforismo. Si los escritores tuvieran vida, la estarían viviendo, no escribiendo.

Mas todo aforismo, también, como cualquier ángel, es terrible. En particular, como las vacaciones vividas aquel fin de año, cuando mi madre quiso internacionalizarnos, y cargó con abuelos y nietos (id est sus padres y su prole) rumbo a Tijuana, con parada en San Diego y Los Angeles en la más larga separación conocida entre mis autores.

Realmente, la búsqueda de Disneylandia, la tierra prometida, es peligrosa. En las playas de Tijuana, al crepúsculo, con Ignacio, el benjamín Ruiz, me puse a nadar.

Nos jaló la resaca; la arena, los arrecifes, la casa de mi tía y el restante cosmos se fueron reduciendo casi a nada.

Ya estaríamos escuchando el Götterdamerung eternamente de no alcanzar, sesgándonos, a derivar hasta una roca donde, misericordiosos, los choros nos cortaron a su antojo las entumecidas piernas, y respiramos. Llegaron a arroparnos histéricas mujeres y pude en silencio llorar desconsolado por la pérdida irreparable que con mi ausencia hubiera infligido a mis lectores.

No terminaron ahí los padecimientos. Días después, mi abuelo desapareció en Los Angeles y debimos buscarlo por cielo, mar y downtown durante 18 horas, convocar rueda de prensa, al Locatel gringacho y a la policía. Apareció en Tijuana. Fue el primer signo de locura senil tres años antes de su muerte.

Al siguiente año, preferí trabajar en la librería de un amigo de mi padre, como bodeguero y encargado de la sección de envíos. Entre los libros que leía en los descansos, y las conversaciones de los otros dos dependientes, ya mayores, se me abrieron un bastante ojos y mente en cuestiones de mujeres, picardía y otras esquinas de la vida.

10

LOS LIBROS en casa eran abundantes: además de la Biblioteca de Autores Cristianos, y cientos de novelas rosas para el consumo materno, había "Sepan Cuántos" y la biblioteca clásica Ebro, de autores españoles; enciclopedias y diccionarios en variedad respetable.

Debido a la afición del maestro de civismo por el teatro, y ante la oportunidad de pasar fuera de casa algunas tardes, entré al grupo de arte dramático. Un conjunto que jamás montó obra alguna, pero que me obligó a leer autores del siglo de oro a mataballo, a fin de seleccionar una obra digna de ser representada por nuestro talento. Me familiaricé con Calderón. Leí a Tirso, Lope y Cervantes, y fui a parar a la picaresca: Lázaro de Tormes y el Buscón don Pablos fueron el preámbulo para abreviar a los 13 años la sabiduría del Periquillo sarniento.

Como yo no tenía la menor idea de que éstas fueran obras importantes, las alternaba con las novelitas de vaqueros. Y en verdad afirmo que en nada me molestaba el cambio de ritmo ni tenía la más remota idea de que la calidad de unas y otras fuera diversa. En todas mis lecturas, en síntesis, encontraba aspectos fascinantes respecto a la psicología femenina.

Debo confesar que tanto interés por las mujeres no era del todo abstracto. En reuniones de jóvenes que organizaba el MFC, había conocido a una hermosa doncella de nombre Carmen, tímida, miope y guapa, para más señas, y yo la había escogido —de entre todas las mujeres del mundo— para ser la absoluta dueña de mis suspiros.

Yo le caía bien a Carmen, y tal vez le gustaba. Pero, por razones obvias, ella los prefería mayores, de unos 15 años.

Argumento que no me impedía, a media distancia, suspirar por ella y dedicarle páginas enteras de mi diario.

Algún día me atreví a entregarle un manuscrito con unos

cuantos pensamientos ("poemas, les decíamos") y ella los elogió. A Carmen le debo ser escritor.

11

Y A CARMEN le debo mi primer gran fracaso amoroso. Porque por más que hice mi luchita, jamás pude saltar las tapias de su corazón, amurallado como la línea Maginot, fortificado como Verdún. En síntesis, Carmen fue mi Trafalgar.

12

MIS CONSEJEROS espirituales, los efectivos, eran Toño y Juango; uno era como el Ying, y el otro el Yang; por ello no asombre el perfecto equilibrio de las cosas: materia y espíritu oponían sus axiomas y el resultado era cero: no pasaba nada, aunque la entropía desarrollada a partir de sus respectivos argumentos alcanzara niveles de peligro para el orden del mundo.

Juango había sido un oponente intelectual y basquetbolístico terrible desde 1º de secundaria, un auténtico rival. Más tarde hicimos la mejor amistad. A su grupo de amigos se unió el mío. Y la alianza nos favoreció siempre.

De hecho, con él y con Alfonso intercambiamos lecturas y conocimientos desde entonces, así como el vandalismo propio de los años de preparatoria, y las más diversas experiencias durante la universidad y la vida.

Porque mi cambio emocional más violento se dio entre los

catorce y los diecisiete, cuando mi rebeldía lanzó su grito de guerra contra las costumbres e ideología familiares, y dejé de aceptar el programa de vida que escuela y progenitores querían para mí. No fui mal alumno, ni quemé la casa, pero opté por hacer lo que me viniera en gana.

En particular, decidí que no iba a estudiar física ni astronomía, sino dedicarme a estudiar letras, declaración que causó escándalo y amenazas de excomunión en todas partes, porque nadie tenía idea de qué vive un literato.

Ni modo, como un coctel molotov, así fue esto de la vocación: durante la preparatoria Mauricio Brehm y los hermanos Palencia —todos, también, S.J—, junto con don Alfredo Baranda y Antonio Nogueira nos habían puesto a leer literatura, historia y filosofía con particular intensidad.

Para financiar nuestros vicios, Juango había ideado un sistema completo, que le valió el título honorífico de Don Jon.

El autofinanciamiento de marras comenzaba en la escuela, donde vendíamos trabajos de biología, física, química y anatomía. De humanidades no, porque nos detectaban el estilo. Como promedio, cada trabajo producía entre 30 y 50 pesos. Esto daba a la semana un envidiable ingreso de alrededor de 10 ó 12 dólares semanales. Nada mal.

El dinero fruto del estudio y el trabajo pasaba por tres cribas: el boliche, el Koala —nuestra cafetería para las pintas—, y el hipódromo. Si la fortuna nos sonreía con los equinos, comprábamos libros;

muchos libros de siete, ocho, doce y dieciséis pesos. Si perdíamos, consolábamos nuestra pobreza en el billar de la escuela.

Habíamos aprendido a fumar en la secundaria. Durante las vacaciones de prepa, con un rigor metodológico digno de aplicarse en otras áreas, aprendimos a beber. Queríamos estar perfectamente preparados para llegar a la universidad, tierra de héroes, casa de la sabiduría y los guerreros. En especial el 68 creó en nosotros la conciencia de que ser estudiante era ser un elegido.

Todavía no alcanzo a explicarme de dónde salía tiempo para rendir culto a la vagancia con intensidad ejemplar, y que me quedara tiempo para escribir en las noches elegías a Mecredes, una ninfa que vino a curar la herida y llenar el vacío que Carmen había dejado en mi destrozada alma.

Aprovechando el poder de penetración de los medios, es decir, la revista del colegio y las de la sociedad de alumnos —la registrada y la subterránea—, dediqué toda la fuerza de mi pluma para publicar a los cuatro vientos que yo era el Efe, el efectivo enamorado de la náyade que vivía a tres cuadras del colegio e iba con sus amigas por la tarde a entrenar volibol. Y que yo, como el que acecha en la oscuridad —la de la biblioteca, claro— vivía, respiraba y me movía por y sólo para enterar al mundo de la belleza y atributos de Mecredes Lorenzo, a quien dediqué puntualmente todas mis páginas.

Hasta que la censura, en atuendo de monja del Regina, llegó a Molière 222 para levantar un acta en contra de mi obra. Me cae que me sentí como Flaubert. Desde entonces odio a las monjas y a la

censura. El tribunal jesuítico, empero, sentenció que mis trabajos, dada su naturaleza literaria, no tenían que vetarse a causa de una lectura moral.

En la página de los amateurs del suplemento cultural de *El Universal*, me publicaron un texto que entonces consideré la apoteosis de Mecredes. Discretamente, lo titulé "Carmen, Paulina, las cosas", para evitar escándalos adicionales.

Para cerrar con broche de oro aquella etapa, mi ensayo sobre García Márquez ganó el premio de literatura de 3° de prepa, y el equipo de fútbol del que yo era capitán —el Cruz Azul—, se coronó campeón de campeones. Celebré con nueve meses de vacaciones mis laureles. En marzo de 1971, ingresé a la UNAM.

13

DURANTE ESAS vacaciones escribí dos textos. Dos cuentos. Y varios cuadernos de versos, aforismos y notas, además de impunes críticas seudofilosóficas. A la larga, me quedé con los cuentos. Hubo también viajes a diversos rincones de la patria, particularmente útiles para acabar de despojarme de la poca inocencia que me quedaba y probar la resistencia ética alcanzada tras largos entrenamientos.

Nos cambiamos de la casa de Chapultepec 442 a la de Tacámbaro. La mudanza fue benéfica. Tuve vecinas guapas y me enamoré de una niña francesa que vivía en el castillo de al lado. Esta vez fui correspondido. Y andaba yo insoporta—ble, por ella y por mis

Proust bajo el brazo.

14

EN CASA fui condenado al ostracismo cuando anuncié que había sido aceptado por la UNAM. La familia tenía esperanzas de que mi inteligencia seleccionara una carrera "seria". Al asegurar que estudiaría literatura española, se me condenó al desprecio. Me refugié en los brazos de mi nueva y amorosa madre: mi alma mater.

Ciertamente, como buenos hijitos, a pesar de nuestras diferencias, los de la perrada nos parecíamos y nuestras almas eran afines. Particularmente, esa afinidad la sentíamos con las mujeres, a quienes cuidábamos y procurábamos con especial cariño.

Al 20 matutino, mi grupo, lo caracterizaba su homogeneidad: había seres humanos de todas las condiciones, sexos, edades y costumbres. La clasificación funcional nos dividía entre lectores, lectores escritores, escritores e iletrados.

Para gozar mejor mi destierro de la casa paterna, tomé varias materias en la tarde, de modo que no sólo conocí a toda mi generación, sino a las que me precedían y a la mayor parte de los fósiles y turistas que en la UNAM han sido. Don Jon iba en la tarde, de modo que tenía amigo vespertino. En la mañana, me identifiqué con Chúmax y el Pollo Campos, visitante asiduo de la cafetería, y excelente lector, conocido desde entonces como el Poet.

El Poet era un escritor trashumante, profundo conocedor del campus y sus mujeres, de modo que fue un espléndido guía para

presentarnos a sus conocidas y cuates de Ciencias y de Políticas.

Tomé clases con muchos profesores, mas en especial aprendí de Huberto Batis y Héctor Valdés, de letras, y de Carlos Zea y Tere Rode de historia. Tomé con gusto las materias de literatura y sufrí con entereza la lingüística y sus extraordinarios.

Mi primera autobiografía la escribí para el curso de Batis, quien criticó a fondo la redacción y su estilo robbegrilletesco, detallado hasta el cansancio por los homenajes y recuerdos puntillísticos, hiperrealistas. Tenía razón: no había diferencia entre el tratamiento de mi novia del kinder y el vendedor de paletas a la salida de la primaria.

Con 18 años más de mañas, encuentro la dificultad esencial del tema: uno no sabe cuál será el verdadero desenlace. Por ello son más sencillos el cuento y la novela: ahí sí se tienen a mano múltiples recursos para salvar el relato. En cambio, con la vida, como ocurre con algunas monedas, no sabemos efectivamente cuál sea su valor, ni su curso.

15

LA FACULTAD sirvió para conocer amigos, escritores, lectores, aprendices de académicos, académicos, eruditos y profesores. Por ella, también, perdí el pudor para publicar.

Aprendí, en fin, la amargura del error y el dolor de la crítica devastadora, casi al mismo tiempo que el elogio cordial o cariñoso y la inexorable regla: si saben por casualidad que existes, no necesariamente te han leído.

HUBIERA ACABADO loco de estudiar todo lo que decían que era necesario aprender. Con tal sentido, descifro la idea tan extendida de que la licenciatura es sólo un bosquejo de lo que ha de conocerse a lo largo de la vida.

En realidad, los años del 72 al 75 sirvieron para una revisión interior profunda: lo que pensé como vida en el ajuste emocional de prepa, había sido —apenas— un preámbulo para la fiesta inolvidable en que se convirtió la universidad.

No me explico, por ejemplo, cómo aprobé materias en 72.

Chúmax, Alex y Julio Cancino organizaron una gira de primavera por el sureste, que duró tres semanas: México, Veracruz, Catemaco, Tapachula, Oaxaca, México, para reponernos de unas vacaciones étlicas invernales habidas en Acapulco. Ya en Veracruz, descubrimos sin arrepentimiento que el viaje iba por el mismo camino de perdición.

Resignados, pluma y cuaderno en mano, Chúmax y yo concluimos la gira con tres kilos más, dos cuadernos de notas completos y el hígado hecho pedazos.

Mi padre, por su cuenta y riesgo, organizó una tour veraniega europea que disfruté gracias a Alex, su cámara y su inagotable sabiduría sobre la flora y los liqueurs que se fabrican en los países bárbaros allende el océano. Y me llevaré a la tumba el recuerdo de un

concierto en Venecia, bebiendo Strega al anochecer y el de una juerga semejante en Niza.

Regresé puntualmente en el otoño para unas cuantas semanas de curso, y para una honda depresión amorosa, culpa de una ingrata. De consolación, tuve los paraísos monumentales de la pereza: la huelga de la UNAM más larga de su historia, que me dio oportunidad de leer el Amadís de Gaula, el Decamerón, algunas versiones del tema de Tristán y a James Joyce.

17

GENEROSO, EL Poet cargaba con Chúmax y conmigo hacia cualquier revista o semanario que se descuidara, y corregíamos nuestros trabajos en equipo. Punto de partida, Productividad y desarrollo, El Herald Cultural, después de Grupo 20 —la revista del salón—, me dieron asilo incondicional. También, gracias a Campos, supe a tiempo de la beca de Bellas Artes para jóvenes, y fui aceptado.

Con paciencia de restaurador, durante un año, Tito Monterroso nos enseñó el oficio, el análisis crítico de un texto —ajeno o propio—, evitó crear pequeños golems y aún, en especiales ocasiones, comentó sus trabajos y sus días, sólo para nosotros, los becarios: Samperio, Chumacero y yo.

Desde el trabajo de la idea, y los libros y consultas de autores afines para cada tema, hasta la presentación y estructura del original para el editor y su dedicada revisión final; junto con algunos trucos tipográficos y editoriales; además de la humildad y ética con que debe

respetarse cada autor. Éstos son algunos de los elementos que Tito ofreció en su curso, entre otros dones, cuidados y privilegios.

También en 73, comencé a dar clases. Sustituí a Juan Rebolledo en el Ciencias y Letras. Me enamoraba una vez al semestre, aquí y allá; y entre beca y clases, alcancé la independencia económica de la que dependo hasta la fecha.

Regina, Claudia y Kath fueron musas y ensoñación para mis desvelos.

18

QUIZA QUIEN más disfrutó los cursos en el colegito —nombre de batalla de la institución— fui yo. Leí ordenadamente todo lo que había aprendido en el caos: clásicos y modernos. Con el Poet, Alex —mi hermano—, el Alex —González Durán— y Oscar —primo del Alex—, organizamos el colegito a nuestra imagen y semejanza. Y debido a que algunas educandas eran de mi edad, pudimos ahondar en el *Pervigilium Veneris* cabalmente, con más gloria que dolor o pena en la intensidad de la primera estrofa.

Y mientras duramos ahí —porque luego la vida nos llamó a otros ámbitos—, el colegito fue una institución modelo, comparable al más avanzado reclusorio modelo que hayan inventado los gringos.

El único hecho que estuvo a punto de opacar mi existencia fue mi primera gira de trabajo. Rumbo a Zacatecas, para una lectura. Manejaba Alfonso, a quien llevaba de mi niñoero. Se nos atravesó una recta en medio de la noche tan inmensa que no sé aún cómo no nos

matamos. Después de una volcadura con cuatro piruetas, alcanzamos a salir de entre los fierros con unos cuantos rasguños. Ése fue mi bautizo de ácido, porque se me vació la batería del VW encima.

Sin embargo, llegamos a tiempo para el show. Y recuperamos el placer de estar vivos, ver las estrellas y añorar a nuestras respectivas musas. Tardamos muchos años Alfonso y yo para volver a viajar juntos. Y pasaron más de diez años para atreverme a regresar a Zacatecas.

19

UNA TARDE de 74, Enrique Millán, un viejo amigo de su familia, nos llamó a casa de Oscar. Nos ofreció trabajo en la Metropolitana. Sólo él sabía qué era eso de la Autónoma Metropolitana. Cuando fuimos a verlo, encontré a Humberto Martínez discutiendo con Patricio Robles. Organizaban —supe después— el Area de Redacción e Investigación. Humberto acabó por enrolarnos en ella, y dejamos el colegito.

El Alex optó por responsabilidades nacionales. Campos se graduó con sus alumnas y se fue a darles clases a la Ibero.

Y mi hermano decidió acabar la maestría. En los anales del Ciencias y Letras comenzó la gran decadencia.

Oscar y yo no resentimos mucho el cambio. La nueva universidad era como el colegito, pero a lo bestia, en muy grande. Con Carlos Montemayor, a quien sus alumnas y las maestras llamaban Chuck (pronúnciese como suena), viví los dos primeros

años de cubículo.

Ciertamente, mis 21 años no daban como para que se me respetara como catedrático, pero Chuck y el profesor Martínez se preocupaban por ampliar mis conocimientos. El tiempo completo era completísimo, de nueve a nueve, y comprendía horas de lectura, de clase, de traducción y de creación. Una hora para comer y media hora para ping-pong.

Montemayor escribía gran parte de la jornada, mientras yo leía. Cada mañana nos contábamos nuestras penas o triunfos amorosos, y me ponía a revisar con él sus traducciones del latín. Con Martínez discutíamos el Renacimiento y la Edad Media; y con Miguel Angel Flores, Chiquito Rivas, Millán y Oscar comentábamos la chismografía de cine, poesía y literatura.

La Metro era buena con nosotros. Los de derecho se encargaban de la grilla, y los de administración eran eficaces para que los administrativos nos tuvieran provistos de papel, máquinas eléctricas, café y secretarias. El poder del petróleo.

El Pollo Campos me pidió Viene la muerte para publicarlo en Punto de Partida de la UNAM y tras una revisión de Alí, se llevó el libro a imprenta Madero.

Comencé a escribir Olvidar tu nombre. Traducía a Lovecraft, hacía reseñas y notas para la Revista de la Universidad y leía algo de alquimia e historia, para entender un poco las discusiones de Millán con Robles.

Por influencia de Miguel Angel y de Carlos trabajé varios

poemas, algunos de ellos integraron La noche y las horas.

Anduve clavadísimo con Cris, y empecé a bosquejar las historias de *La otra orilla*.

INMADUREZ

20

EL ESCORPIONES fue el mejor equipo de futbol que tuvo la UAM Azcapozalco durante años. Mendizábal y Mijangos, mis alumnos, me invitaron a jugar con ellos y yo acepté.

Una tarde que jugábamos en la cancha de prácticas del Atlante, la del Deportivo Reynosa, faltaban diez minutos para terminar el partido. Ganábamos 4-2 al equipo de intendencia. Ruiz, el extremo derecho, vio la jugada. Monty mandaba un despeje espléndido que sorprendía a la defensa contraria. Dominó el balón, y para burlar al único defensa picó el esférico hacia el área grande. Quedó solo frente al portero, que dudó en la salida. Empujó la pelota hacia la meta. Un golpe lo derribó.

Tras mi gol, estuve enyesado del pie mes y medio. Días encerrado, días en el tedio de la inmovilidad. Visitas esporádicas de mi chava. La reflexión de que llevaba muchos años sin más interés que la frase de Oscar: "La mejor cantina es la siguiente", que yo aplicaba en todos los actos de mi vida.

Pedí licencia en la Metropolitana y entré a la maestría de letras, en la UNAM. Me aburrí al mes de la pésima escuelita que eran los cursos de maestría y me inscribí en física, en la Facultad de Ciencias. Me gustó, antes que el Cálculo, mi maestra de Cálculo: empezamos a andar juntos. Por espíritu de imitación, como ella hacía su tesis, me

puse a hacer la mía.

Sabía, en tanto, que un fantasma vagaba por los corredores de la Metro: el fantasma del sindicato, que por mediocre —que no por sindicato—, la iría deteriorando: la gente más preparada, me contaba Humberto, era excluida de las posiciones clave. No presté demasiada atención a aquellos hechos, estaba fascinado, como niño con juguete nuevo, con la física y sus laboratorios y con mi novia matemática, Virginia, mi maestra de cálculo, que me parecía de una coherencia fuera de este mundo en comparación con las histéricas a que estaba acostumbrado.

Tanta paz era un exceso. No tardé en sentir al demonio de la duda rondando por mi cabeza. Ya no era un alumno usual.

Tenía ganas de seguir sintiéndome como un estudiante, de nuevo, aunque deseaba mantener mi ritmo y costumbre de escritura, lectura e ingresos. Me gustaba el ambiente de Ciencias, pero me daba cuenta de que carecía de la inocencia de un primerizo para aguantar una clase mal preparada, el bluff de algunos maestros o el total desinterés por su materia, y como consejero estudiantil encontraba muy verdes a los de primer ingreso, como muy niños. Regresé a la Metropolitana al término de mi licencia.

Una noche de los primeros días de diciembre de 76 —acaba de recibirme—, me preguntó Chúmax cuáles eran mis planes. No tenía.

"¿Por qué no una gira por el viejo continente?... ", dijo.

A la semana me embarqué rumbo a París.

ME VINIERON bien las semanas de soledad, los días y días de museos, las conversaciones con ocasionales conocidos, las extremas variaciones de geografías y climas, la visión de las ciudades medievales, los cambios constantes de costumbres. El eventual encuentro con Regina. La nostalgia de Virginia y las charlas nocturnas con Gabriela Campos matizaron mis estados de ánimo.

La certeza de que la mejor parte de mi juventud, la perfectamente irresponsable, había quedado atrás, se intensificó con el invierno, a través de los lugares que recorrí, y de los que huía en el primer tren que encontraba.

Podía actuar como quisiera, continuar en el vértigo de los actos, inventar nuevas dudas e indecisiones, jurarme que a los 23 la vida empieza y que es admisible cualquier crimen.

Sí, recomenzar —el mar, el mar que comienza siempre—.

Inventar que la historia sería, en esta ocasión, diversa.

Atrás, sin embargo, estaba la conciencia de los actos irreversibles. Esa claridad de análisis que había aprendido de Virginia, mi novia matemática, en su luminosa seguridad y en sus temores. Tal vez engañar a los demás no sea difícil; en última instancia, el engaño no era para ellos. Los platos rotos serían propios, se cargarían a la propia cuenta.

En síntesis, debí reconocer —no sin dolor y vencido por los años— que la vida ofrecía opciones, pero que la renuncia, la selección de éstas, el riesgo de la apuesta —en dos palabras, la responsabilidad

de mis decisiones— era totalmente mía.

Volví a México. Había elogios y críticas para *Viene la muerte*, que me pareció un libro lejano. Todavía asistí a física ese semestre, aunque había perdido el interés por el sistema. Montemayor me recomendó la vía autodidacta.

22

77 FUE UN AÑO turbulento en lo afectivo, en lo vital, en lo sensible. Encontraba facilidad para escribir reseñas, tenía interés en explorar la poesía, avanzaba con lentitud en *Olvidar tu nombre*, Chuck aconsejaba recomenzar y reestructurar. Y actuaba con el ejemplo. Diez o doce veces oí *Mal de piedra*, y luego lo leía, sugería cambios, y Montemayor vuelta a empezar. Con los poemas era aún más obsesivo.

Ni él ni Miguel Angel Flores tuvieron jamás muchos pelos en la lengua; así que un texto aceptado por ellos podía considerarse casi listo. Desde entonces perdí el interés por la prisa de publicar. Hallé reconfortante la posibilidad de rumiar un trabajo, días y meses, por el placer de la corrección y el detalle.

En mayo, mi padre nos invitó a San Francisco. El viaje hubiera sido un fracaso de no haber sido por la paciencia de mis hermanos, que procuraron una cuidada distancia entre nosotros. Mi noviazgo con Virginia no les agradaba.

Intentaban promover un mayor acercamiento con Claudia —con quien me había distanciado tiempo atrás— o con Cristina —que era

espléndida cómplice y amiga.

Sin conocer las atribuciones y límites de cada una de ellas, las actitudes y comentarios patriarcales y matriarcales acusaban una honda preocupación por mi destino, sin aceptar que mis resoluciones y actitudes eran personales, que no infusas.

Esta actitud propició un distanciamiento casi total, que tardaría años en resolverse.

23

EVIDENTEMENTE, NO soy un héroe. De modo que el chantaje tuvo consecuencias. Sentí tan agresivo el acecho y las sugerencias que opté por la huida. Presenté exámenes y solicitud para hacer la maestría en Inglaterra. El Consejo Británico aceptó.

Claro que la oferta era promisoria. Sólo tenía un defecto:irme implicaba el abandono; si bien la ruptura con Virginia no se declaraba, es obvio que ella no tenía por qué esperarme.

El mundo, es cierto, se abría ante mí con nuevas promesas y perspectivas sin límite. Evidentemente, el cambio sería radical. No encontraba razones para prever un fracaso. Mas llevaría conmigo la certidumbre de no haber enfrentado hasta el fin una propuesta de vida convincente, que me agradaba.

Renuncié a la beca, escribí "La renuncia" y comencé a pulir *La noche y las horas*.

24

EL DOCTOR Casillas, el rector general, no tenía particular interés por las publicaciones de la UAM. Pero en las tres Unidades había grupos de profesores e investigadores interesados en ver su operancia impresa.

Ruiz Dueñas entró como secretario de la Unidad y facilitó que Humberto, conforme al estilo de la década, editara una colección marginal, Axis, donde rescataba temas de filosofía, pensamiento oriental, y de historia de las religiones. Y Miguel Angel y yo vimos que las plaquettes de Humberto eran buenas y nos grillamos, y grillamos para hacer una colección de poesía, también marginal. Y Ruiz Dueñas pensó que era bueno, y La rosa de los vientos se hizo.

El Chuck fue nombrado coordinador de Extensión Universitaria y facilitaba la firma para que imprimieran los originales. El primer año las hacíamos a máquina y con formato rudimentario. Al año siguiente, tuvimos acceso a la composer, una modernísima IBM con memoria y capacidad tipográfica: fuentes, puntos, cuadratinas a pasto para jugar con la maquinita. Entre Alí y mi tía la mayor, fui capacitado en los arcanos de la formación y el marcaje. Para las galeras, Miguel Angel y yo nos bastábamos.

Dejé de dar clases y pasé a Extensión Universitaria. Me dediqué al trabajo editorial, sin descuidar las marginales.

Publicamos al que se dejó (treinta y cinco autores). Cada mes sacábamos una rosa, en tiraje de 100 a 150 ejemplares.

El autor quedaba comisionado para su difusión, y tenía el compromiso de invitar a otro autor. Y al siguiente año, 1980, nos dio

por ampliar el changarro: publicar traducciones de literatura; igual, como marginalones, y erigimos La torre de los tiempos. Nos sentimos Penguin Books el día que Isabel Fraire nos dedicó un artículo en Uno más uno. Y en verdad nos divertíamos. Antes de irnos de sabático, registramos el nombre de todas las colecciones en Derechos de Autor a nombre de la UAM, con una nueva serie de pilón, también mensual, dedicada al relato: La paz del fuego.

25

COMO FUNCIONARIO de la cultura, Montemayor fue criticado y elogiado en su momento. Tanto como responsable en Azcapotzalco, como cuando Salmerón le encargó la Dirección de Difusión Cultural, la de Rectoría General. Pero, en su círculo íntimo, sufría con paciencia las locuras de sus exvecinos de cubículo, y nos daba cuerda cuando no encontraba en extremo demenciales nuestras propuestas.

Allá el juicio político o las envidias gremiales o interinstitucionales. La Metro nos dio oportunidad de aprender y de hacer sin destrozos fatales. Y Ruiz Dueñas, Martínez y Montemayor integraron un grupo heterogéneo de escritores que mantienen su amistad a pesar de las inevitables diferencias que se dan a veces por el amor de una misma mujer.

Me gustó el trabajo editorial. Por insospechadas situaciones había descubierto mi verdadera vocación. Podía leer aun libros que jamás se publicarían y encontrar en los originales o en los textos por imprimir un número inagotable de ideas y propuestas que satisfacían

mi avidez de lector.

De todas formas, me gustaba dar clases, lo cual ya debía considerarse un vicio, por lo que aceptaba los talleres literarios que me invitaran. Fui a dar hasta Campeche.

Azcapotzalco, a partir de Montemayor, se convirtió en una Meca de escritores. Fuimos conociendo a brasileños y portugueses, a historiadores como Womack y Meyer; en nuestro lugar llegaban autores más jóvenes para dar las clases.

Nuestras generaciones se reunieron: a los nombres de Sada y Guzmán o Flores Castro siguieron Carreto, Cohen y Quirarte, entre otros. Y manteníamos contacto con Moreno Villarreal, Hinojosa, Escalante y Villoro de Iztapalapa. Y por el Pollo y su cabeza de playa en la UNAM, teníamos contacto con los autores de Punto de Partida y los de Práctica de Vuelo del INBA y la Cuauhtémoc.

Virginia y yo nos casamos en 78 y tuvimos a Pablo en 79, por las fechas en que revisaba los cuentos de *La otra orilla*, que Sada y Chuck me sugerían publicar en Premiá.

Para ello, me presentaron con Tola, que prometió editarlo al siguiente año.

La experiencia de la paternidad me dará oportunidad de escribir alguna vez para la APF o la UNPF, o para cualquier agrupación de padres de familia y educadores mi biografía de pater familiae. Aquí, por razones de tema, espacio y estructura, la doy por vista.

Tanto Montemayor como Campos fueron una especie de managers para la generación posterior a los 40. Carlos me encargó un

estudio específico sobre ésta —su generación— y lo preparé seducido por la idea de presentarlo en un coloquio en Austin, que me horrorizó por el academicismo de los ponentes. Con cariño recuerdo al Angel Rama y al Pacheco de esos días, ejercitando la ironía y los dardos contra los corsés de los lingüistas.

Encontré finalmente el tono para *Olvidar tu nombre*, que fluyó sin problemas hasta el desenlace. No obstante, tras la lectura editorial, Marco y Tola me recomendaron ciertos cortes que —confieso— acepté a regañadientes. Pero según ellos y los generosos lectores así quedó poca madre, de manera que, mientras Stephen King o John Irving vendían cien mil ejemplares por cabeza, yo alcanzaba a agotar un millar sin fatigarme. Me sentí un best seller.

26

MI SABÁTICO comenzó con el pie derecho. Iba los miércoles con Tola, para trabajar en la producción (esto es: lectura, trato con autores, revisión de originales, marcaje, traducciones, prólogos, solapas, introducciones, dictámenes, etc., etc.) Escribía los cuentos de Vals sin fin, y preparaba una antología de poesía mexicana de fines del XIX.

Leía con fascinación a Canetti, había hecho de la fotografía mi hobby y platicué con Borges una mañana.

En una de sus alianzas, Montemayor y Campos decidieron organizar un coloquio con Yale, y nos embarcaron a Sandro Cohen, Marta Robles, Rubén Bonifaz, René Avilés, y a mí, con ellos, en un charter a Nueva York. La finalidad: hablar bien de la literatura

mexicana.

Pocas veces la había gozado tanto en mi vida. Si bien faltaban mujeres, sobraban ingenio y ganas de pasarla bien: un festejo de dos semanas en el que Montemayor cantaba en el Lincoln Center, Bonifaz y Avilés daban muestras de su erudición y cultura estética respecto a la Pantera Rosa, el Pato Lucas y el Pájaro Loco, entre otros, sin descuidar a Don Gato; y Sandro, cátedras respecto a los tipos de plástico asequibles en el Imperio; mientras el Pollo Campos cantaba Popotitos y hacía lagartijas ante el azoro de Juan Bruce Novoa y Norma Klahn.

Ese viaje lo registra la Historia de la Literatura Mexicana como el del Grupo Nueva York, y antecede a sus presentaciones en Colima, Córdoba, Zacatecas y Veracruz —ya en tiempos de la crisis—, entre otras localidades donde se han sucedido los homenajes u *honoris causa* para Bonifaz.

27

CONCLUYÓ el sabático a paso de caballería: Margo Glantz nos invitó a José Emilio Pacheco, Luis Chumacero y a mí a colaborar como redactores de un periódico histórico mexicano, *Tiempo de México*, semanario que coordinó Eduardo Blanquel.

No tenía experiencia en un trabajo colectivo, donde se mezclaran años y días de los mexicanos, con la perspectiva de los historiadores, y el estilo del Chúmax y de Pacheco en coctel margarita con el mío. En particular, el respeto que nos merecía la prosa de

Pacheco nos cohibía bastante al Chúmax y a mí.

Pero ya perdida la virginidad, porque José Emilio nos trataba de igual a igual —como si de verdad lo mereciéramos—, comenzábamos a saquearnos frases y estilos, y a dejar que el texto impusiera su tono. Nos desvelábamos al parejo para investigar —donde y con quien se pudiera— hechos y datos, cuando notábamos huecos o no ajustábamos las 25 cuartillas promedio para cerrar el número.

Y, en verdad, era mágico ver cómo José Emilio a la hora de hacer milagros, ajustaba las frases o la puntuación; y con un adjetivo por aquí, un adverbio por allá, y una paráfrasis que parecía sacada de la manga, convertía un texto notarial en una noticia de primera plana.

Sabático y sexenio terminaron casi al mismo tiempo. Margo publicó algunos textos de *Vals sin fin* y el volumen de *Tiempo de México*. Un fin de semana, en San Miguel Allende, en una banca del jardín central, frente a la iglesia, comencé a imaginar *Los caminos del hotel*. De haber sabido que me iba a tardar cinco años y medio en la novela, ahí me prendo fuego. Ya lo decíamos en los exámenes de la facultad, quien nada sabe, nada teme.

28

TRAS UN año de ausencia, no quise regresar a Azcapozalco. De nuestro grupo inicial, pocos quedaban. Me fui a Xochimilco con René, a Política y Cultura. De no haber sido por el Aguila Negra, el lugar se hubiera confundido con el infierno. Mis colegas eran agradables; mas no se sentía el *esprit de corps* a que me había acostumbrado Azcapotzalco. Es decir, era más política que cultura.

El alto cielo debe haber notado mi angustia —que se manifestaba con una vasta sed vespertina, que sólo el bar de Sanborns conciliaba—. En diciembre de 82, Ruiz Dueñas me encargó la Editorial de Difusión Cultural. Estrené oficina en enero.

Mis brazos armados eran Fernando Solana, Blanca Luz Pulido y Natalia Rojas, que trabajaban duro y eran emprendedores.

Volví a tener un tiempo completo como se acostumbraba en los primeros días de la UAM, y una libertad sólo superada por las rosas, torres y paces que habían sido mis pininos.

Fernando amaba *Casa del tiempo*, y a mí me gustaban las colecciones de libros, de modo que colaboramos e inventamos series, autores y secciones a nuestro antojo, durante los casi dos años que estuvimos juntos.

Y en realidad, Editorial nos absorbía más tiempo del debido, porque nuestra respectiva vida familiar se deterioró bastante. En diciembre de 83 empaqué mis libros, agarré mis trapitos y me fui a vivir a casa de mi tía la mayor, porque la Vick y yo no nos entendíamos. Y anduve como perro sin dueño todo el siguiente año.

Así es esto de los corazones rotos. Pero Editorial era un espléndido refugio y sobraban manuscritos. Y estaba cerca el *Tío Pepe*, la cantina, cuando no había tanto trabajo. Y con Lemberger me bajaba a tomar malteadas cuando no podía beber, y le contaba mis penas, o al Fernando o la Nati o a Magos y a la Pili. Casi casi al que se dejara ametrallaba con mi desgracia. Y si alguna que otra chava me lanzaba un lazo, pues sí; pero no, porque yo estaba muy triste.

Finalmente, puse mi departamentito, y los fines de semana llevaba al Pablo, que como gente de entendederá y luces me decía que no era justo. En verdad no era justo. Don Jon, Humberto, el Chúmax y Alex me consolaban ayudándome a acomodar libros; y cuando estaba solo escribía los poemas de *El tuyo, el mismo*, y en ocasiones, penosamente, avanzaba en *Los caminos del hotel*. La primera parte estaba imposible.

El Alex me sugirió un cambio de aires. Otra chamba. Y como la inflación estaba imparable, y ya le tenía yo echado el ojo a la Sin Nombre, y a mayor jerarquía mayor ingreso, le di el sí, me compré una corbata, pedí licencia en la Metro, y me reporté a los pocos días en la Secretaría del Trabajo.

Cuando la FSSSTE me pida un relato de mi vida en la burocracia central, contaré con profundidad mis impresiones de la STyPS. Será excepcional, no se lo pierdan, porque mi equipo de colaboradores no era precisamente de burócratas —con excepción de unos cuantos que el viento y el recorte de julio del 85 se llevaron—. Más bien, mis gentes eran como almas perdidas, que si alguien no les decía qué hacer, pues no hacían nada.

Pero yo tenía idea, y el Alex también, de cómo echar a andar nuestras cabecitas locas, y más que proyectos sólo nos faltaba presupuesto. Y con los meses, otra vez el Chúmax y Samperio y yo juntos, y se agregaron Magda, Osuna, Luzma, Miguel Ángel —Fuentes— y Liliana. E hicimos libros muy bonitos para la clase trabajadora.

En un asalto desesperado a nuestros orgullos, Virginia y yo hicimos las paces. Y *Los caminos del hotel* empezaron a resurgir como de la nada, como para corroborar una antigua tesis del Pollo, que a la letra decía: "¡Ay, fis, como que tú necesitas estar enamorado para escribir bien!" En efecto, estaba enamorado.

29

LOS CAMINOS del hotel crecían. Las continuas revisiones frenaban la escritura. Una tarde me armé de valor, recorrí cuatro o cinco tiendas, y abusando de las tarjetas de crédito, compré a la Sin Nombre. Debo haber estado loco, porque no tenía ni la más remota idea de cómo manejar una computadora. Pero después de un millón de intentos, y de descifrar libros y manuales tan complejos como un instructivo de mantenimiento del transbordador espacial soviético, en ruso, la cosa anduvo. Y la máquina no sólo escribía novelas, sino también artículos, cartas y reseñas imitando el mejor de mis estilos. Sólo había que decirle: "Print."

En mayo de 86, tuvimos Virginia y yo a nuestro segundo hijo, Patricio, que estrechó nuestra relación. Por esos días, Marambio publicó la versión completa de *Vals sin fin* y los poemas de *El tuyo, el mismo*. *Los caminos del hotel* requerían de muchas horas de investigación y lectura que debía robar al sueño y a los fines de semana. Renuncié en definitiva a la Metro. Ya no quise volver.

Mi único contacto con la vida literaria y chismografía cultural eran las taqueadas de los jueves con Bonifaz. Una especie de open

house donde Silvia Molina, Raúl Renán, Francisco Hernández, Sandro Cohen y Vicente Quirarte, además del Poet, intercambiábamos dudas, opiniones y lecturas con una superficialidad que nunca tuvo la Academia de Letrán.

Había eventuales e invitados especiales. Al que iba por primera vez, la mesa en pleno invitaba su consumo.

La costumbre de los jueves con Bonifaz se mantuvo hasta mediados del 89, cuando una guerrillera de la cultura nos quiso leer sus poemas, ahí, en alta voz, y debimos variar el día para evitarla.

30

FALTABA AUN por resolver la última parte de mi novela, cuando el Pollo y Saúl Juárez nos llevaron a Morelia en 1987. El pretexto era bonito: un encuentro internacional sobre teoría del cuento. Fue el primer recreo en serio que tomé de la STyPS. Y me sentía muy contento de estar entre escritores.

La propuesta de David Martín del Campo de hacer una novela colectiva me sedujo. Otros ocho incautos cayeron en el juego. El reto abría cauces para nuestra terquedad y oficio: ansiábamos dar un gustito a nuestra vanidad: el placer de crear algo que a pesar de los repetidos intentos de otros autores seguía siendo, en México, mera posibilidad. Y de pasada, presentíamos el privilegio —la gloria del voyeur— de revisar las entretelas de los originales de los demás autores. Una especie de sana curiosidad, que a la hora del recorte y la tallereada ofrecía vetas inexploradas para la ironía. Nunca se asemeja

un original al libro publicado. La historia de Abelardo ofreció ese interés. Y la enseñanza de que, como las estirpes condenadas a cien años de soledad, su destino y supervivencia son impredecibles. En algún momento el juego se convirtió en una pesadilla, cuando parecía que por más neuronas que se invirtieran en la salvación de Sofía y Abelardo, habíamos perdido novela y personajes. Mas es cierto —y me consta—, que hay una innominada musa para los autores descarriados: la había invocado Pacheco en las desveladas noches de *Tiempo de México*, y había cumplido. Bioy y Borges hablan de ella en su vigilia con Isidro Parodi. Los dos autores de los últimos capítulos de *El hombre equivocado* se entregaron a ella con frenesí secreto.

Se me contagió el entusiasmo de la historia colectiva, y pude llegar al desenlace, entrevisto años atrás, de *Los caminos del hotel*. No fue sencillo asimilar que había terminado. Que había perdido una costumbre y una vocación de años. Y que mis personajes habían dejado de pertenecer a mi imaginación para refugiarse, lejos de mí, en el papel, en los disquetes.

Así, también, es difícil aceptar una pérdida tras la muerte de un ser querido, o la separación —cuando se ha amado intensamente. Me juré no volver a vivir, ni a amar, ni a escribir tras *Los caminos...* En particular me desilusioné de mí y de mi capacidad cuando supe que sólo había sido finalista del premio de novela al que la había inscrito. La retiré de la editorial y deseé se me acabara el mundo.

Así es esto de la inmadurez.

Y EL INCUMPLIMIENTO es semejante. Porque Silvia llegó una tarde a *La Bodega* y me dijo que por qué no le escribía un cuento para niños. Respondí que no sabía. Sólo Tolkien y Ende, para mi gusto —quise defenderme—, conocen los caminos verdaderos de la fantasía.

Mi frase era buena, pero Silvia no me creyó. Y por más horrible y condenado por la Iglesia que sea el machismo leninismo, ¿cómo decirle uno a una chava que uno ya no puede? En la fantasía —¡Oh, Beowoulf; ¡oh, Grendel!, ¡ay, Endriago!—, todo se vale. Como en pleito callejero. Noté que únicamente era cosa de buscarle, de dejar ir el gusto, como una barca a la deriva. Y divertirse. Perder límites y medida. En un par de semanas quedó lista *La cofradía de los calacas*, y tras una pesadilla, *El sirkel*; y ya encarrerado, *Lunas y calabozos*. Sin forzarme, había vuelto a escribir.

TRAS UNA plática, hace unos meses. Una mujer se me acercó para comentar que había leído "Gozon" —uno de los cuentos de *Vals sin fin*— a su hijo; y que al niño le había parecido una maravillosa historia. Me conmovió. Y recordé una lectura en Bellas Artes, en 1974, hace quince años, cuando se me acercó un muchacho, un obrero, y me dijo que le había gustado que yo escribiera pensando en la gente que, como él, casi no leía. Era la época en que mis cuates decían que mis textos eran intrincados y herméticos como la *Ley del Impuesto sobre la Renta*. Se me volvió a romper la cara.

Y evoqué en la nostalgia una conversación con Mauricio Brehm, que me explicaba que un escritor no sabe nunca para quién escribe, aunque esté pensando en alguien cuando escriba. Y que no hay grandeza o medida posible con el trabajo de uno mismo: para quienes leen, el escritor es un peldaño de la escalera que lleva a otros, mejores escritores, que pueden transportarlo hasta una más plena belleza, la revelación o el conocimiento. Pero, quien escribe jamás tendrá una cabal, absoluta conciencia de cuál es el destino de una frase, de una imagen, de un párrafo o de un verso.

Tal vez uno sea una moneda de muchas caras, o muchas caras de una sola moneda, o las caras de diversas monedas, o su cruz. Un eslabón de la cadena o, virtual, como enseña la geometría, un mero punto, una intersección en la vastedad, en la vasta edad del universo. En fin, una sombra.

Nada.

México D.F. a 29 de diciembre de 1989